

desea bien... no está en mano de usted mi destino. Estas me valdrán — añadió, abriendo las anchas y musculosas manos—. Amigos no podemos ser, porque esto — y sacudió su blusa — lo impide. ¡No importa; si me necesita!... Abur, ¿eh? Hasta la primera...

Fuése rápidamente, porque era la hora de su trabajo, y yo quedé más confuso que antes de venir, más picado de la víbora de los celos, cortado, preocupado, con el presentimiento de que algo serio latía bajo aquellas gastadas y cursis diatribas antisociales.

XIX

Al dejar el café reconocí que salía derrotado. La entrevista con el tipógrafo no había dado más fruto que el de redoblar mis inquietudes y exasperar mi deseo de ver á Feíta, de disfrutar la picante delicia de su conversación, y de discutir sabrosamente, pareciéndome que un palique con la chiquilla era lo único que podía quitarme la murria, y á la vez, que en ese palique descubriría yo la veta de su sentir y sabría hasta qué punto la era ó no indiferente el peligroso *compañero*. Tuve, sin embargo, valor para resistir y para recogerme aquella noche sin ceder á la tentación de presentarme en la tertulia de Neira; pero no estaba en condiciones de luchar más contra mí mismo; no en balde me había acostumbrado á darme gusto, á evitarme sensaciones penosas ó desagradables; no en balde era mi propio niño mimado. Perdemos la disciplina moral, y con ella el vigor; la *flaucia*, que nos acaricia, nos enerva.

A la mañana siguiente, llegada la hora en que Feíta acostumbraba visitar la biblioteca, no salí de casa, y esperé con ansia digna de un cadete el ruidito del mueble ó el susurro de la hoja volteada. Oí el campanillazo; sentí andar en el pasillo... y no tardé en comprender que se encontraba Feíta en el cuchitril. Me levanté, corrí gozoso á herir con los nudillos la puerta... y al primer golpe, otro golpe respondió desde adentro. Al mismo tiempo que yo la llamaba, me llamaba Feíta á mí.

Volví el picaporte y entré. La muchacha me esperaba de pie, con el sombrero puesto, sin haber tocado á un libro.

—Venga usted—dijo con una seriedad muy distinta del tono desenfadado y chancero que habitualmente gastaba—. Rabio por verle.

—¡Qué casualidad, Feíta!—exclamé, mirándola con avidez—. Rabiábamos los dos... yo sobre todo. Pero ¿qué sucede? ¿Ocurre algo grave? ¡Si parece usted otra! ¿Está usted enferma?

—Enferma, no; disgustada, muy disgustada, sí. Quiero contarle mis penas... ¿No le fastidio? Sea franco. Necesito que me oigan, que me consuelen, que me ayuden.

Sentí que se me iba el alma hacia Feíta, en quien por primera vez apreciaba un rasgo de flaqueza femenil, algo que me halagaba y enternecía. La independiente venía á someterse, á que la sostuviese mi brazo... Un intenso goce, una emoción que no supe disimular me embargó, y mi cara debió de traducir esta ráfaga de engrimiento viril, porque á su vez el rostro

de la indisciplinada se suavizó y despejó, sus labios se entreabrieron, y sus ojos verdes me enviaron un rayo, no quiero decir de cariño (sería mucho asegurar), pero sí de simpatía y concordia, de algo sumiso, ingenuo y dulce, que me transportó al quinto cielo: ¡tal y tan profunda era ya mi herida!

—Siéntese usted—pronuncié solícito. Así... aquí... Descanse, tome aliento, acepte un caldo, ó una copa de buen Jerez... Está usted pávida, ¡ya lo creo! y muy desencajada...

—Acepto el caldo—contestó la muchacha—. No me he desayunado aún. Tengo frío y debilidad, y la debilidad es tan mala consejera, que estuve á punto de soltar el trapo á llorar cuando le he visto á usted. ¡Yo llorar! No me ha sucedido otra desde que mamá se murió y desde que yo era así—y bajó la mano—. Aborrezco los pucheros y las lagrimitas. Deme ese caldo... y también, también el Jerez.

Salí para pedir lo que Feíta deseaba, y después de una breve conferencia con doña Consola, volví á la librería y encontré á la niña recostada en el sofá de crin, en actitud tan mediatunda, que podía graduarse de melancólica. Me apresuré á sentarme á su lado, conteniendo las ganas de apoderarme de sus manos—manitas ya bien cuidadas y pulcras—y apretárselas para comunicarle la efusión con que solicitaba ser su guía y su apoyo.

—Hasta que tome el caldo no hablo—dijo con abatimiento—. Me faltán ánimos.

Cinco minutos á lo sumo tardaría en apare-

cer la insigne patrona, y en presentar á Feíta el sopicaldo más caliente, restaurador y bien calado que pudiera soñar un enfermo. Yo mismo escancié la copa del rancio oloroso, y ofrecí los bizcochos ligeros y crocantes. Feíta comió y bebió con gusto y ansia; á cada cucharada, á cada sorbo, se la veía revivir. Tal vez la pobre niña llevase mucho más tiempo del que debía sin probar bocado. En esta suposición me confirmé al oirla exclamar:

—¡Qué bueno estaba! Dios bendiga á doña Consola... Desde ayer por la mañana se me cerró el pico... ¡Ay! Esto es otra cosa, Abad. ¡Maldito cuerpo, que no ha de pasar sin lastre!

Así que doña Consola recogió la taza vacía, dejando la botella y la copa y los bizcochillos, «por si acaso», me acerqué á Feíta nuevamente.

—Sepamos qué ocurre—dije en tono que convidaba á la expansión—. Aquí me tiene usted todo envanecido de que me elija para confidente...

—¿Pues á quién había de elegir?... Hace tiempo que mi padre no le calla á usted cosa ninguna... De cuantos vienen á casa... sólo usted... sólo usted no entró en ella para dañarnos. Usted se ha portado mejor que todos. Sé que reserva usted lo que le dicen, y se me figura que no me desea usted ningún mal. ¿Verdad que no me lo desea?

—¡Qué criatura!—exclamé conmovido—. Toda clase de bienes. Si me he peleado con usted más de cuatro veces, ha sido por... por eso... cabalmente por eso. Buenos deseos, amistad... interés que...

—No lo dudo—declaró ella, sacándome sin querer del atolladero—. Por eso resolví despedirme de usted... y que no ignore el motivo de mi marcha... De pedir favores á alguien...

—¿Su marcha de usted?—interrumpí aturcido.

—Me voy á Madrid... á ver si allí puedo encontrar trabajo suficiente para mantenerme.

—¿Pero qué significa esto? ¿Que arrechucho?...

—No hay tal arrechucho. Las ganas de emigrar las tengo de antiguo. Además, mi casa... ¿Le parece á usted que yo encajo bien en mi casa? No hay idea, no hay pensamiento, no hay cosa de este mundo en que estemos conformes los que viven á mi lado y yo. A mí se me figura que allí no se hace cosa al derecho; y ellos piensan que yo deliro. Disputas vanas, choques continuos, asperezas, caras de cuerno, belenes... eso es allí el pan de cada día. Yo repruebo el modo de vivir de mis hermanas; ellas dicen que el mío las pone en berlina, y que no quieren por hermana á una dómina, á una rara, á un marimacho. Cuanto oigo, cuanto veo, en vez de contribuir á que me perfeccione, á que valga más, no hace sino agriarme, corromperme el hígado. Como dice uno de los pocos poetas que me gustan, «vivir quiero conmigo». En aquel bureo no me encuentro á mí misma, no me conozco, no me poseo, y se me lleva Barrabás. Creí que la libertad consistía en salir sola á la calle. No; también consiste en *estar sola* dentro de casa.

—¡Ah, Feíta!—murmuré con ahinco y pena.
—¿Ve usted, ve usted las consecuencias fatales de esa desatinada é imposible emancipación? ¡Ya sueña usted con abandonar el hogar doméstico y con renegar de la familia, imitando á las desatentadas y monstruosas heroínas de Ibsen, que se marchan cuando se las pone en el moño, pegando un portazo... y á correr mundo!

—Usted perdone—respondióme Feíta con su brió acostumbrado, que delataba la beneficiosa influencia del caldo y del añejo Jerez.—La heroína de Ibsen á que usted alude deja á su marido y á sus hijos. Se dan casos de mujeres que los dejan por motivos peores que los que guían á Nora; pero, en fin, ello es que Nora abandona á tres inocentes. ¡Yo... abandono á varios culpables! No se asuste, ya le probaré que no exagero. Si estos culpables fuesen mis hijos... ¡puede que no tuviese valor para tanto, culpables y todo! No son mis hijos. Por algo he formado la resolución de no casarme.—Los hijos deben de ser una cadena atroz...—No se figure usted: me duelen las niñas pequeñas y mi padre. He de estar tristísima los primeros tiempos, lejos de aquí. Desde que me convencí de que era preciso marcharme, no he comido; así me puse tan débil. Pero hay que armarse de valor. Convencida de que debo marcharme, me marché, y salga el sol por Antequera. Cuanto más pronto...

—¡Hija, hija... cómo se amontona usted y qué pronto abraza decisiones heroicas! Vamos, vamos, agua fría por la cabecita... y tenga la amabilidad de explicarse. Yo no le digo á usted que

su propósito... andando el tiempo... preparándose... sea malo, sea indigno de aprobación... Por lo mismo que se trata de una cosa que levantará polvareda, hay que pensarlo: déjeme usted respirar. ¿Por qué tal prisa?

—Porque...—respondió la muchacha estremeciéndose—porque *allá* suceden cosas... Así como así, tiene que llegar á saberse, y quiera Dios que no se sepa ya. ¿Me va usted á convencer de que no lo sospecha? Yo, al ver que usted, que siempre concurría á la tertulia, falta de ella desde hace un mes, supuse que había olido... Las de Tardejón también dijeron pies para qué os quiero: se han escandalizado, y supongo que llevarán el cuento á todas las esquinas. Y mi padre... mi padre... ¡ciego, sordo, embaucado, echándolo todo á buena parte, creyendo que mis hermanas han encontrado *novio!*... cuando lo que han encontrado es...

Hizo Feíta, al pronunciar estas palabras, un gesto tan expresivo, de asco, de desprecio, de repulsión, que cambió su fisonomía y la hizo diez años más vieja.

—¿De veras? ¿Según eso...? ¡Baltasar...!

—Baltasar... y Mejía... ¡sí! ¡Y ellas...! Ya ve usted que debo marcharme... hasta por sentido moral. O me marché... ó se lo canto á mi padre y le doy la muerte... porque á esto no resiste. Sé que no resiste.

—¡Qué infamia!—exclamé—. ¡Los canallas esos! ¡A unas señoritas! ¡A las hijas de tan buen hombre! ¿Pero está usted cierta, Feíta? De Rosa... francamente... ya tenía yo mis barrun-

tos... ¡De Argos, no! ¿No será error de usted?

—Ojalá.

—¿Cómo lo averiguó usted?

—Por... por su descaro—respondió Feíta ruborizándose y con un tono humilde y dolorido, que daba pena.

XX

Mi hábito de desconfiar de las mujeres, de suponerlas consagradas á la caza del marido, venció en aquel momento á los sentimientos que Feíta despertaba en mí. Noté una especie de frío moral repentino, y acogí receloso las confidencias de Feíta, precisamente cuando éstas llegaban al grado de mayor intimidad y abandono, cuando la muchacha no recataba nada de lo que la afligía. Sentí que me ponía en guardia, y me pareció que de pronto mi cariño se sumía como agua en arenal. Sin embargo, continué atento, bien dispuesto en el terreno amistoso. «Procederé como amigo», pensé, «como verdadero y leal amigo, á fin de que si estas son artimañas de una mujer, dotada de gran entendimiento y voluntad, para buscar otro género de protección, no pueda quejarse ni motejarme de que no la aconsejo y sirvo desinteresadamente».

—Vamos, hija mía—insistí en alta voz—no

sea que se haya usted ofuscado y visto lo que no existe. Quizás la... la intriguilla de... de sus hermanas... sea inocente... ó no sea aún tan... tan arriesgada como usted supone...!

La muchacha respiró, se pasó la mano por la frente, y se encaró conmigo, mirándome de un modo que subyugaba por lo límpido y firme.

—Apelo á su sinceridad—dijo—. ¿Puede usted, no *jurar* (detesto los juramentos), sino asegurarme, como hombre de bien, que las relaciones de mis hermanas son honestas?

Callé, bajé la cabeza, y Feita continuó:

—¡Lo ve usted! Por otra parte, dijese usted lo que quisiese, sería igual. No hablo sin pruebas.

—Mire usted, á veces una exterioridad... una tontería...

—No me dé usted esa clase de consuelos, Pareja; conmigo no se moleste usted en aplicar paños calientes. No me conoce usted; sin duda no comprende todavía lo que soy... en lo bueno como en lo malo... No me asusto de que mis hermanas tengan novio. Casi... casi... no me asustaría de que tuviesen... otra cosa. Me horrorizo, sí, de las circunstancias que rodean esa... flaqueza suya. Aunque en otros terrenos nos entendiésemos ellas y yo (que nunca nos hemos entendido), su conducta en éste nos separaría por siempre jamás amén. Rosa... ¿Creerá usted que hasta el explicarlo me cuesta sudores?

La ví palidecer y la oí suspirar acongojada.

—Rosa... ha cedido al dinero. Rosa se ha vendido. Argos... es menos antipática; se ha entregado... por capricho, por curiosidad mal-

sana, por novelería, por falta de sentido moral... ¡Ah! y por enfermedad. No vuelva usted la cara. ¡Ya entiendo! La vuelve usted, no porque le espanten *los hechos* de ellas, sino porque le horrorizan *mis dichos*. Estoy hablando como no hablan las señoritas. No sería usted hombre si no le alarmasen más en la mujer las palabras reflexivas que los procederes ligeros; no sería usted hombre si no negase á una mujer que no quiere delinquir, el derecho á saber en qué consiste el delito.

—Tiene usted razón—respondí, instantáneamente dominado—. No puedo acostumbrarme á pensar que para usted no hay misterios. ¡Es usted tan joven, tan buena, tan lista, tan encantadora!; y añadidas á esas cualidades, ¡la ignorancia, la inocencia, la sentarían á usted tan bien! Son esos fatales libros, son ciertos estudios... impropios... los que destruyeron en usted el mayor hechizo de su edad y de su sexo...

—Si eso fuese un hechizo..., poco me importaría carecer de él. No aspiro á hechizar á nadie.

—Pues hechiza usted, aunque no se lo proponga—dije requebrándola involuntariamente.

—¡Entonces, más en mi favor! Nada he perdido... Abad, Abad, hablemos en serio, que los tiempos no están para chanzas. Le puedo asegurar, sacándole de un error, que por los libros y los estudios yo sería aún... eso que ustedes llaman inocente. He leído mil cosas que no comprendí. La clave de ellas me la dió el mal ejemplo que he visto, los tristes cuadros que

contemplo. La inocencia se puede perder muy temprano, sin leer más que el calendario, y hasta leyendo el *Astete*. ¿Dónde habrá libro más inmoral que mi casa? —añadió con amarga risa.—Por eso no quiero leerlo. Lo cierro. Si pudiese lo quemaría.

—Rosa—prosiguió después de una pausa en que no acerté á encontrar forma de interrumpir sus dolorosas reflexiones — estaba predestinada á este desenlace, si no encontraba inmediatamente un marido muy rico. Y si encontraba ese marido, estaba predestinada á arruinarle y á cubrirle de vergüenza. Por un retazo de terciopelo, vende Rosa la hostia consagrada. ¡Mujer sin alma y sin decoro! Increíble parece que cieguen tanto unos trapos. Mire usted, contra esa estoy más indignada que contra Argos... No me explico su conducta. La indignación viene de ahí: de que no comprendemos, de que no podemos concebir una acción. Si lo comprendiésemos todo, todo lo perdonaríamos. En mi cabeza no cabe que por un metro de tela se hagan semejantes porquerías. ¡Un hombre gastado y que no la gusta! ¡Un usurero, un prestamista, que ni capaz es de arruinarse por una mujer! ¡Vamos, eso no es malo, porque... porque es peor!

—Va usted á oír — continuó frotándose los párpados con rabia—lo que ha hecho Rosa. Se ha vendido, bueno; pero como es tan necia, como su pobre cabeza está tan vacía, ni venderse supo, y lo que hizo fué ponerse la argolla de esclava, y á mi padre también. D. Baltasar

Sobrado, es, como usted no ignora, una hormiguita. Tiene á papá sujeto con préstamos que le va facilitando. Puede, cuando le plazca, dejarnos en la miseria. Pues bien; Rosa, en vez de tratar—ya que iba *al negocio*—de conseguir la libertad de papá, de conservarle el pan de la vejez... ¿cómo dirá usted que cedió á las pretensiones de ese coscón vicioso? ¡Conviniendo Sobrado en que la *garantizaría* en las tiendas, sobre todo en la *Ciudad de Londres*, de donde la envían lo que pide sin presentar la factura!

Los ojos de Feíta, al decir esto, chispeaban; sus mejillas ardían, y temblaban sus labios. Era magnífica su expresión de antipatía y desdén, y disipadas mis sospechas enteramente, recobró su influjo y me sentí atraído hacia ella con más fuerza que nunca.

—¿Comprende usted?—repetía—. ¿Ve usted la trampa en que se ha dejado coger esa idiota? ¿Ve usted lo que sucederá cuando mi padre, ó tenga que abonar las deudas de Rosa, que ascienden á miles de reales, ó que deber el perdón y el abono de esa partida á la *garantía* y á la generosidad del infame de Sobrado? ¡Ah! ¡Cuántas ganas he tenido á veces de que el *compañero* le ajuste las cuentas! ¡Y se las ajustará, quién lo duda! ¡Si no, no habría Dios en el cielo!

Mortificáronme estas palabras y volvió á morderme el despecho en el corazón. Aquel obrerito —saltaba á los ojos—había encarnado el ideal de la independiente, y hasta sus sueños de venganza y justicia.

—No sé—continuó Feíta— si será verdad que el mucho estudio nos acerca á Dios: yo bien poquito he estudiado por ahora, pero cada día creo más en la Providencia, y en que no hay maldad que al fin y al cabo no se pague. ¡Todos pagarán, todos serán castigados según su delito, y usted lo verá y yo lo veré! Pero no quiero verlo de cerca. ¡Ahí se quedan mis hermanas... según la carne... con sus intrigas y sus enredos y su afán de conservar *la posición*, esa manía que tanta parte ha tenido en la desventura de Rosa! Porque, Abad, ese es el secreto. Las clases sociales, preocupación maldita, han hecho nuestra desgracia. Somos una familia de origen noble: convenido. Tenemos un escudo donde campean un aguilucho, unos roeles y no sé qué más zarandajas heráldicas. Allá en el siglo XV y en el XVI un Neira fué señor de algún castillejo, y puede que hiciese barbaridades en la guerra. Pero faltó el *guano*, y cuando mis padres se trasladaron á Marineda, veníamos ya á reducirnos, á dejar nuestro papel de señores de pueblo. Desde que abandonamos la casa solariega y vendimos los trastos viejos y alquilamos un pisito en la capital, entramos en la *clase media*. De clase media fueron nuestras relaciones, de clase media nuestro modo de vivir. ¡Y ni aun de clase media ilustrada! No; de esa clase media que ni dirige ni sube. Así y todo, no alcanzaban los cuartos. El varón de la familia, inepto para el estudio; nosotras, mujeres y teniendo que gastar y que exhibirnos, á ver si nos *colocábamos*. Papá, no decidiéndose nunca

á... á hacer algo, á solicitar un puesto, á jugar los codos. Su honradez, su modestia, su decencia, le estorbaban...— Mi padre es de otra época, de tiempos en que la sociedad iba más despacio. — Muere mi madre, que hacía milagros de economía. Viene el desconcierto, el préstamo, la hipoteca, los apuros, el trueno. Si hubiese sentido común, si la vida se construyese directamente, sin farsa, con lógica... ahora era ocasión de que bajásemos otro peldañito, é ingresásemos en las filas del pueblo. ¿Por qué no? ¡Si al fin hemos... han de caer, digo, en las de la gente perdida y despreciada! ¿No valdría más que Rosa planchase? ¿No estaría mejor Argos cosiendo? ¡Cuánto tiempo hace que la aconsejé que se dedicase á tiple de zarzuela! A estas horas tendría la vida ganada con su trabajo.

—Eso es imposible, Feíta!

—¿Por qué imposible? Lo imposible es vivir de cierto modo... Que se olviden de ese rótulo que dice: «somos señoritas», y que se coloquen en la única situación honrada que les permiten las circunstancias. Si quieren continuar dentro de la clase media (aunque en su esfera más humilde) entonces... que trabajen como yo. Pero ellas dicen que es *una vergüenza* trabajar así. ¡En casa — añadió riendo sardónicamente — la vergüenza, soy yo quien la traigo! Pues he estado bien resuelta, si no encontrase lecciones, á entrar de doncella en una casa de Madrid. Sería *pueblo*... sí, *pueblo*... Comería en la cocina, al lado del lacayo... y dirían de mí: La Fe...

una cántabra muy viva de genio... que no aguanta cosquillas! Y los domingos, en vez de salir á los Tíos Vivos y á los bailoteos y á las jaranas, me iría á ver Museos y á aprender lo que pudiese... Sería *pueblo* con el cuerpo, lo cual casi me hace ilusión... y con el cerebro sería *aristocracia*, más que mis amos probablemente... ¿No está usted conforme, Abad? ¿Vale más andar como Rosa y como Argos?

—Y está usted segura—insistí—de que Argos también...

Feíta movió la cabeza afirmativamente, con violencia y tenacidad.

—¿No será una cosa sin transcendencia?

—Es cosa muy de fondo... terrible... Basta que yo diga... No me haga usted entrar en detalles. Rosa aún guarda ciertas apariencias, pero Argos, con su desequilibrio y su condición de pólvora, no se recata, y verá usted lo que tarda en cubrírnos de inmundicia. No quiero ver eso. Nada puedo remediar. Me voy. El favor que solicito de usted es que me preste lo indispensable para el viaje en tercera... y para vivir en la capital los primeros días. Cuatro cuartos, porque ya me han buscado en Madrid lecciones: Moragas, que es mi amparo, me recomienda á unas amigas suyas, que tienen muchas niñas y me admiten como una especie de institutriz... sin diploma y sin residencia... Las casas allí son chicas. Creo que falta habitación para mí. Hay otra lección, de historia, en un colegio. ¡Habrà que estudiar para lucirse y cumplir bien, tan bien como un hombre! ¡Y puesto que

he de pagarle á usted religiosa y civilmente... me conviene que me preste usted muy poquito... para desentramparme pronto! ¿Verdad que no me niega usted este servicio? Mucho se lo agradeceré: no lo olvidaré nunca.

Me levanté sin contestar, y comencé á pasear por el reducido espacio del cuchitril. Una lucha se verificaba en mi alma. Las palabras de Feíta, su modo de pensar y de sentir, tan bien manifestado en aquella decisiva conversación, habían acrecentado y desatado, con reacción violenta, mi entusiasmo, actuando sobre mi imaginación, realzando su figura, obligándome, casi á la fuerza, sin aquiescencia de mi voluntad, á estimarla como nunca, y á postrarme rendido á sus pies. Mis desconfianzas, ya que no muertas, reposaban adormecidas por la magia de aquella bravía veracidad, de aquella virtud natural y desenfadada, de aquella pureza consciente y segura de sí misma, de aquella originalidad de pensamiento, que jamás pude imaginar que se encontrase en una virgen de poco más de veinte años. Sentíame arrebatado, conquistado, enamorado á todo trapo, de veras, y un transporte inexplicable llenaba mi pecho, como si aquel sentimiento singular, que pocos días antes ni sospechaba, fuese para mí una patente de juventud, de salud moral, de energía, la potencia germinativa del alma, conservada en mí y atrofiada antes bajo la plancha de acero del egoísmo. Sí; lo más extraordinario, es que me regocijaba de sentirme en poder de la pasión. Juraría que había crecido. Mi pulso

se apresuraba, mis venas hervían, mi cuerpo era ligero y ágil como cuando respiramos inhalaciones de éter. ¡Sensación extraña! En aquel instante me parecía volar... No quería combatir: ansiaba entregarme; rabiaba por dar salida á las palabras que se agolpaban á mis labios y desahogo á la plenitud de mi corazón. Me sacó de aquel estado de positiva embriaguez la voz de Feíta, diciendo festivamente:

—No creí que mi petición le agitase á usted tanto. Figúrese que no he dicho nada. Le pediré á Moragas ese dinero, y aunque por su genio caritativo tiene mil compromisos, de seguro me lo da.

—¡Feíta!—exclamé volviéndome con ímpetu hacia ella, y dejándome caer en el sofá á su lado—. ¡Que ha de ser usted tan lista para unas cosas y tan cerrada para otras! ¿Supone usted que se trata de dinero? Tome usted.

Y eché mano al bolsillo y lo vacié sobre la mesa.

—¿Quiere usted ahora mismo mis economías todas? ¿Quiere mi patrimonio? ¿Quiere mis muebles, mis ropas, mis libros?

—¿Está usted en su juicio? ¿Somos chiquillos y jugamos? Me bastan quince ó veinte duros.

—Pe.o si usted no se irá; si usted se quedará aquí... para toda la vida! Desengañaremos á su padre de usted... salvaremos á sus hermanas... arreglaremos esas historias... ¡Si supiese qué contento estoy!

—A mí me parece que está usted fuera de sí—respondió ella levantándose ya sorprendida y alarmada.

—Y le parece á usted bien. No me haga caso... Es decir, sí... Oigame; no se ría... ¿Quiere usted, Feíta... quiere usted... ¡ah! mire que no se trata de ninguna broma! quiere usted... casarse conmigo... inmediatamente?

